

LIBROS

Jack London, superhombre

Los manuales de literatura norteamericana no suelen dedicar mucho espacio a Jack London, a lo sumo despachan el artículo con cuatro lugares comunes sobre el socialismo, el **best-seller** y la lucha contra la dipsomanía. Y sin embargo, London es un narrador vigoroso, cien veces más destacado que otros mitos nacionales del **best-seller** y el alcoholismo, como Hemingway o Fitzgerald. Los historiadores norteamericanos desconfían, por principio, de los escritores confesadamente socialistas. En especial cuando se trata de millonarios desfilarradores, envueltos en turbulentas historias de alcohol y uremia, como London. La descomunal residencia californiana de London (la "Casa del Lobo" se llamaba), ardió simbólicamente antes de ser estrenada. London no podía soportar la lluvia de millones que sus relatos producían. El azar se aliaba a su culpabilidad, para que en ningún momento pudiera ser acusado de especulador. Ser rico, en la mitología de London, era como ser viejo.

Los relatos de Jack London son de una transparencia, de un candor admirables. La selección que acaba de publicar Alianza (1), que viene a ser la ya célebre de Eugene Burdick, con un par de cuentos cambiados, da una idea muy acertada de los dos mundos fundamentales del escritor: el frío, Alaska, el Yukón, el Hudson, el mar de Bering; y el calor, la Micronesia, el Pacífico tropical, Haway, las Paumotu, los atolones coralinos y las lagunas periferas. London es un escritor somero y eficaz, de cuentas claras: el Norte y el Sur, el mal y el bien, el fuerte y el débil, el joven y el viejo. ¡Qué refrescante resulta volver a las fuentes maniqueas, simples, claras y de ojos azules! El determinismo de **Por un histec**, devuelve a una olvidada moral de adscripción en la que la astucia no sirve para nada. Gana siempre el mejor.

El socialismo de London es otra idea sencilla y clara. Es evidente que uno **tiene** que ser socialista. Sólo una operación mental compleja puede apartar a un buen tanto por ciento de la población de las filas socialis-



Jack London.

tas. Pero ello es debido a que esa operación viene propiciada por cerebros aún más retorcidos, que actúan insidiosamente desde fortalezas electrónicas o teológicas. De no ser así, todo el mundo sería socialista, porque lo fue desde su creación. Y London era todo el mundo, era sencillo como Adán (o Edén), nunca vio televisión y tenía un barco. De modo que era socialista, era su obligación. Que su socialismo no coincidiera precisamente con los idearios marxistas que él creía compartir, importa bien poco. De hecho, aunque London se tomaba por socialista, lo que en verdad era es darwiniano. Pero su darwinismo también era sencillo y simple: hay fuertes y débiles, como hay ricos y pobres. Siempre gana el fuerte, siempre gana el rico. Pero en la lucha por la supervivencia se inventan estrategias que a veces quebraban el encadenamiento fatal: como en el caso de ese ingenio darwiniano-marxista que es el esquimal de **La historia de Keesh**.

Y también es cierto que London era nietzscheano, pero de un modo limpio y sin doblez: el superhombre es lo que importa, y lo demás son músicas celestiales. Una vez más, lo preponderante es la biología, el darwinismo, pero a la manera de un ilustrado, de un dieciochesco, de La Mettrie. London había pasado hambre, había pasado frío, había soportado huracanes, terremotos y, sobre todo, infinitas borracheras que dejaban en su alma de hijo de astrólogo un regusto de culpabilidad. Porque no quería beber, no por obedecer a una moral

de la decencia, sino porque es malo para la salud (y así lo dice con respecto a ese increíble indio romano, epicúreo emplumado que es el padre de El-Soo en **El ingenio de Porportuk**). Sólo una cosa cuenta: que la máquina funcione, que el corazón bombee, que las venas no se hinchen, que los dedos no se congelen. El único problema es la supervivencia, y la joya de esta antología, **Amor a la vida**, es un himno a la perseverancia, al superhombre sencillo, al eslabón débil de la cadena, al proletariado mundial, a todos los resistentes, al cuerpo humano, que, como ya dijo Hitchcock, es una de las cosas más difíciles de matar.

Se trata de aguantar. Aguantar el frío, cuando deja de ser una sensación familiar para convertirse en una amenaza que tiene voluntad propia, alma; aguantar el huracán, cuando el viento deja de ser algo cotidiano y se convierte en un monstruo que juega con sus víctimas con auténtico humor; aguantar el hambre, cuando ya no es **apetito**, sino locura exterior al estómago, locura del mundo; aguantar la tortura, aguantar la venganza, aguantar, soportar, resistir. ¿No será London el primero en ver —todavía bajo un disfraz animista— la fuerza colosal que iba a aplastar, hasta hoy, al héroe novelesco? ¿No es el primero en dibujar el arquetipo del resistente solitario? Esos pilotos explotados, esas mujeres preñadas que cruzan medio continente, esos negros pacientes y tenaces de Faulkner; o esos viejos duros y concienzudos, esos cazadores estoicos de Hemingway; esos detectives apaleados y burlados de Hammett; ¿no están ya esbozados de una vez por todas en los soberbios relatos de London? Y de un modo opuesto a los héroes de Stevenson o Conrad, pues lo que les sostiene no es la inteligencia o el honor, sino la consistencia misma de los músculos, de los tejidos, de los nervios... de la máquina.

El huracán, el hielo, el hambre perderán su alma. En una sola generación, la amenaza ya no será cosa de la Tierra; la amenaza será el cromosoma invisible, pero negro, de la herencia, Hollywood, o el hastio. Bastará otra generación para que tras los fenómenos cósmicos de London se sienten los escalofriantes miembros de un Consejo de Administración absolutamente anónimo. Cuando la vida la quebraban el viento, la temperatura o los lobos, el resistente moría acompañado, en familia; pero cuando la vida la quebraban una firma, un tampón y un cálculo matemático, la so-

ledad es infinita y ese **Silencio blanco** parece un coro de ángeles. ■ FELIX DE AZUA.

Psiquiatría y marginación

La ideología de la marginación ha sido creada como un sistema amplio, cómodo y útil de defender una sociedad opuesta al cambio. Incapaz de someterse, o de aceptar críticas a sus fundamentos, ha ido convirtiendo este término en "cajón de sastre" donde incluir enfermos físicos y mentales, discriminados de tipo social y, en definitiva, a todo aquel —según el matrimonio Basaglia (1)— que no es capaz de ofrecer un rendimiento a la sociedad "democrática capitalista" en que vive. Absorbiendo los elementos asociales, los encierra en instituciones manicomiales, o crea algún otro sistema de control que oculte cualquier problema de base sociológica. Se institucionaliza el término, se comercia con él, y se le busca un lugar en la nueva ciencia socio-



Franco Basaglia.

lógica, que es capaz de organizar "rastros" antropológicos sobre la por ella llamada "cultura de la pobreza", la clasificación de estos sectores entre pobre/pobre o pobre/rico. Olvidar el problema, en definitiva, sustituyéndolo por algo anecdótico y curioso.

En el aspecto médico, la psiquiatría burocrática colabora activamente con la justicia, mediando en los problemas de orden público. El internamiento manicomial viene siendo un método habitual de esconder y controlar individuos disconformes, inadaptados o sociales. El

(1) Franco y Franca Basaglia. La mayoría marginada. Editorial Laia. Barcelona.

(1) Jack London. **El silencio blanco**. Alianza, 1978. Trad. Carmen Criado.

diagnóstico médico pierde su objetividad científica, convirtiéndose en un juicio de valor, que olvida las condiciones sociales, por las que un enfermo ha llegado a serlo. En opinión de los Basaglia, esto llega a ser posible debido a la aplicación de un concepto abstracto y definitivo a una situación vivencial, real, producto de tensiones estructurales. Así ocurre en el caso de los paranoicos y paranoicos, cuya enfermedad resulta de las actuaciones de los demás, respecto al enfermo, cuando la respuesta de éste pone en tela de juicio normas irregulares, aceptadas por el núcleo social en que se desenvuelve. Esto constituye un campo de estudio sociológico, que debe considerar las condiciones en que el paciente llegó al fracaso social, o laboral. El paranoico no recibe ayuda alguna una vez internado, ya que es costumbre en el personal sanitario ignorar el significado de las opiniones que expresan los pacientes. Sus espejismos no se corrigen, y si se le ofrecen unas estructuras irregulares y sospechosas, que tienden a confirmar su desconfianza respecto al medio.

Por su parte, la crítica antipsiquiátrica (utilizando el concepto de Cooper) denuncia la colaboración entre la psiquiatría oficial, burocratizada, y el poder; el sometimiento de la técnica al uso político de la enfermedad; la creación de toda una ideología de la marginación, que hace fácil olvidar las causas fundamentales de esa discriminación. Las armas con las que la antipsiquiatría lucha contra ello son la revisión de conceptos científicos, la condena de la labor política y la situación de privilegio de la psiquiatría dependiente del poder; la crítica sistemática, la búsqueda de la última razón de la enfermedad. La antipsiquiatría, en fin, no admite que se racionalice la locura ni la violencia del sistema social, ni los mecanismos por los que los sanos e integrados distribuyen roles y funciones a los enfermos y discriminados. Quiere ofrecer como alternativa la vinculación directa del enfermo y el médico, el respeto a los derechos del marginado, ofreciendo la oportunidad a este individuo para que se integre y encuentre su lugar en la sociedad. ■ **CARMÉN FERNÁNDEZ RUIZ.**

"De qué van las drogas"

Desde hace ya bastantes años, los medios de comunica-

ción, siempre al servicio del poder, están empeñados, al unísono con otros cuerpos represivos, en crear la alarma y el pánico sobre esos productos que, en confusa e interesada amalgama, se ha dado en llamar drogas.

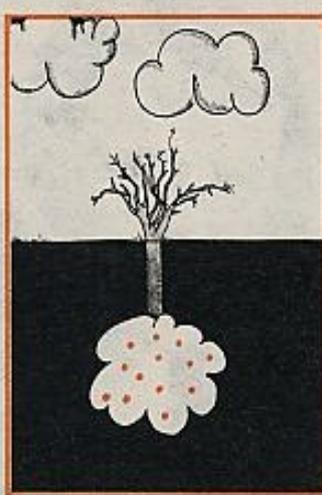
En los últimos lustros, cientos de miles de reportajes, libros de divulgación y programas especiales de radio y televisión se han elaborado para advertir a la generación que hizo las grandes guerras del peligro que sus hijos corren a causa de la profusión y facilidad de tenencia de las drogas. A su vez, los hijos de los grandes consumidores de alcohol, con razones y coartadas múltiples, se han dedicado, a veces como protesta, a hacer suyos unos productos tan viejos como la civilización y tan extendidos desde siempre en otras culturas como en la occidental la cerveza, por poner un ejemplo.

Entre unos y otros se ha creado alrededor de las llamadas drogas un mito tan falso y peligroso que, ahora mismo, es casi imposible, cuando se escribe sobre ellas, no dejarse llevar por la retórica interesada de cualquiera de los dos bandos en liza. Eduardo Haro Ibars ha conseguido, sin embargo, no hacer el juego a nadie y su libro (1), aunque aparentemente escrito desde una postura favorable a las drogas, es un valiente desenmascaramiento del oscuro entramado que las rodea.

Haro Ibars no se deja llevar por una falsa demagogia para satisfacer a los consumidores. Y por eso puede afirmar que "el uso y abuso de los opiáceos favorece muchísimo al sistema occidental" o que "la mayor parte de las canciones escritas bajo la influencia del ácido... son de una enorme pobreza de textos". Con frialdad, cuenta

(1) Eduardo Haro Ibars, *De qué van las drogas*. Las Ediciones de la Piqueta, Madrid, 1978.

E. Haro Ibars.



los lamentables efectos de algunas drogas, y para ello no tiene inconveniente, dentro de un libro que podríamos llamar de "ensayo", en contarnos la historia personal de un joven destruido a partes iguales por los alucinógenos y por la sociedad.

De qué van las drogas es un libro divertido, en el que el autor ha plasmado muchas cosas suyas y en el que los juicios sobre las diferentes capas y estructuras sociales son lúcidos y críticos, aunque no exentos de caprichosos personalismos y obsesiones que no invalidan para nada el trabajo; en todo caso, sirven para encuadrar dentro de su especial nebulosa el tema. El rigor científico se pierde en favor de la amenidad, y con ello, Haro Ibars consigue un libro jalonado de acertadas y divertidas críticas a tantas gentes, estamentos y profesiones aspirantes a la medalla al mérito policial como hay por ahí, y entre las cuales destaca con especial brillo la del periodismo (al menos, según el autor). Pero esa pérdida de rigor científico no quiere decir que "De qué van las drogas" no nos cuente claramente y sin interesadas literaturas lo que su título dice. ■ **G. GOICOECHEA.**

Derechos humanos y derecho español

Tal como van las cosas, a los derechos humanos les va a pasar lo mismo que al sentido común, que es el menos común de los sentidos. Resulta que aquéllos son los derechos menos gozados por los humanos, sobre todo cuando no faltan sociedades en las que, a causa del ham-

bre, la miseria y la ignorancia que afectan no a minorías, sino a amplias mayorías, la más vital reivindicación es el derecho a ser humanos.

Sin embargo, el tema de los derechos humanos está muy en boga de un tiempo a esta parte. Ha venido a ser como una moda de la que pocos Estados se han sustraído. Basta recordar que la España franquista se sumó, en su día, a la celebración de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, a la par que la brigada político-social impedía el reparto, por las calles de Madrid, de impresos de la UNESCO con el texto de tal Declaración. Ironía o sarcasmo que también se ha reproducido en algunas democracias populares, y ya no se diga de actos como los de Helsinki, en que se encontraron defensores de los derechos humanos tan peculiares como Arias Navarro o Breznev.

En cualquier caso, no cabe duda de que el tratamiento y defensa de los derechos humanos es algo de ineludible necesidad, y su conocimiento no lo es menos. **Juez, Estado y derechos humanos** (1) es una aportación al tema, al menos en lo que respecta al análisis y conocimiento de su problemática. Indudablemente, los derechos humanos tienen un componente jurídico fundamental, y éste es recogido en el trabajo citado, meritorio en muchos aspectos, pero que adolece de un exceso de polarización en la óptica jurídica, aun cuando sus pretensiones son las de enfocar el análisis desde tan variadas perspectivas como la sociológica, la política, la histórica, la antropológica, la psicológica, etcétera, tránsfugas que realiza el autor casi siempre a través del prisma de su propia formación profesional: la judicial. También se aprecia la falta del enfoque económico.

Una buena parte del trabajo está destinada a contrastar los diversos principios recogidos en la Declaración Universal de los Derechos Humanos y en la normativa complementaria conocida como los "pactos", y el ordenamiento positivo español. Esta tarea la lleva a cabo el autor de modo muy sistemático, lo que redundará en una notable claridad. Sin embargo, omite de su análisis a la legislación castrense, a cuyo amparo se han hecho mangas y capirotes con los derechos humanos, dejándose con frecuencia en el tintero, en algunos aspectos, a leyes especiales, como la de Orden Público y el Decreto-Ley

(1) Manuel Peris, *Juez, Estado y derechos humanos*. Fernando Torres, editor. Valencia, 1976, 350 páginas.